



UN MUNDO, UNA SALUD: SOMOS LO QUE (NO) CONSUMIMOS

Por un consumo responsable

Los recursos naturales son parte integral y esencial de nuestro sistema socioeconómico. La Naturaleza es vital para nuestra salud, bienestar, alimentación y seguridad. La Huella Ecológica nos ayuda a cuantificar el alcance de esta dependencia, midiendo el impacto ambiental que tiene el consumo local sobre el planeta. Representa el área de tierra o agua y el volumen de aire ecológicamente productivos (yacimientos, cultivos, pastos, bosques, ríos, mares...) utilizados por una población determinada para generar los recursos necesarios y asimilar los residuos producidos, de acuerdo con su modo de vida.

Cada habitante del planeta dispone de 1,63 Ha/persona de superficie biológicamente productiva para satisfacer sus necesidades de consumo, mientras que la sociedad vasca consume 4,32 Ha/persona, generando un déficit de 2,69 Ha/persona, lo que implica que nuestra generación está consumiendo recursos de generaciones futuras. Si todos los habitantes del planeta siguiesen nuestras pautas de consumo, la superficie biológicamente productiva del planeta debería ser 2,65 veces mayor que la disponible, esto es, la población vasca necesita 2,65 planetas para satisfacer sus demandas de recursos y asimilar los residuos generados por su consumo.

La Huella Ecológica del Carbono mide las toneladas de CO₂ equivalentes emitidas respecto a la capacidad de bosques y océanos para secuestrarlo. En Euskadi representa el 51% del total de la Huella, incluyendo el sector energético y el del transporte, que consume el 37% de la energía en Euskadi. Ambos sectores, muy dependientes de las energías fósiles que elevan las emisiones de CO₂, son cruciales para disminuir la Huella Ecológica de Euskadi, apostando por los desplazamientos no motorizados, andando y en bicicleta y por el transporte público.

Los Objetivos de Desarrollo Sostenibles (ODS) de la Agenda 2030 afectan directamente a la Huella Ecológica. Cumplirlos implica reducirla. La contribución de Euskadi a la Agenda recoge en su visión que se debe proteger el planeta contra su degradación, mediante el consumo, la producción y la gestión sostenibles de sus recursos naturales y la adopción de medidas urgentes para hacer frente al cambio climático, de manera que pueda satisfacer las necesidades de las generaciones presentes y futuras.

Si la población mundial llegase a alcanzar los 9600 millones en 2050, se necesitarían casi tres planetas para proporcionar los recursos naturales precisos para mantener el estilo de vida actual. Solo el 3% del agua del mundo es potable y la consumimos más rápidamente de lo que los ecosistemas naturales tardan en limpiarla, después de que la hayamos usado. Nuestros hogares consumen el 29% de la energía mundial, siendo de origen renovable sólo el 17,5%, y contribuyen al 21% de las emisiones de CO₂ resultantes.

El sector agroalimentario consume alrededor de un tercio de toda la energía disponible en el mundo; es responsable de un 20-26% de las emisiones de gases de efecto invernadero y desperdicia uno de cada tres alimentos en toda la cadena de valor a nivel mundial, lo que equivale a 1300 millones de toneladas por valor de alrededor de 1000 millones de dólares, que

terminan pudriéndose en los contenedores de l@s consumidor@s y minoristas, o se estropean debido a las malas prácticas del transporte y la cosecha. La degradación de la tierra, la disminución de la fertilidad del suelo, el uso insostenible del agua, la sobrepesca y la degradación del medio marino están disminuyendo la capacidad de los ecosistemas naturales para suministrar alimentos. 2000 millones de personas en todo el mundo tienen sobrepeso o son obesas y 821 millones están desnutridas.

Muchas personas ignoramos que mandar un mail o subir una historia a Instagram tiene una huella ecológica, es decir, genera un impacto en nuestro entorno. Pensamos que, a diferencia de cuando compramos unos zapatos o viajamos en automóvil, lo que hacemos como usuari@s de Internet tiene un halo de inmaterialidad, que es inocuo y no contamina. Pero nada más lejos de la realidad: alrededor del 7% de la energía que se consume en el planeta deriva del consumo digital y alcanzará el 14% en 2040 porque el uso de Internet no deja de incrementarse: el tráfico en la Red se triplicó entre 2012 y 2017. Ese año, la mitad de la humanidad, unos 3.500 millones de personas, eran usuarios de Internet, frente a los 500 millones de 2001. Al etiquetar de inmaterial la economía digital, se cree que ésta puede impulsar el desacople que supere la contradicción entre el capitalismo y la sostenibilidad de la vida.

Las nuevas tecnologías de la información tienen un elevado impacto ecológico que no se percibe a primera vista. Esos impactos se acumulan desde la primera fase del ciclo de vida de los productos, el de la extracción de materias primas, hasta la última fase, la de los desechos. Los mayores impactos se concentran en las dos primeras fases, las de extracción y producción de los aparatos tecnológicos a través de los que nos conectamos a la Red, como ordenadores y *smartphones*. De ahí la importancia que adquiere para el cuidado del planeta el hecho de que cambiemos de teléfono móvil, por ejemplo, cada dos o tres años, incluso menos.

Fabricar un ordenador requiere una media de 240 kilogramos de combustibles fósiles, 22 kilos de productos químicos y 1.500 litros de agua. Por su parte, producir un microchip de memoria RAM supone 1,2 kilos de combustibles fósiles, 72 gramos de productos químicos y 20 litros de agua.

En muchos casos, la extracción de estos materiales, que no son infinitos, está asociada a conflictos, cuando no sangrientas guerras, como sucede con el coltán en el Congo, o con el litio en Sudamérica, donde la principal preocupación es la contaminación de los recursos hídricos locales por las sustancias químicas usadas en el proceso de extracción. Además, los materiales extraídos en África o América Latina viajan miles de kilómetros a fin de ser ensamblados en algún país asiático, para después recorrer otros miles de kilómetros hasta llegar a los puntos de consumo, particularmente, Estados Unidos y Europa. Este funcionamiento sistémico es irracional, insostenible, injusto e insolidario; pero muy racional, esto es, muy rentable, según el actual modelo capitalista, el cual mide la eficiencia del sistema económico a través del beneficio a corto plazo de l@s accionistas de grandes empresas, como las de telecomunicaciones.

Además, la fase de uso de estos productos también genera un importante consumo de energía: por ejemplo, Google emite unos 500 kilos de gases de efecto invernadero (GEI) por segundo. Por su parte, un e-mail corto y sin adjuntos conlleva la emisión de un gramo de CO₂; si consideramos los correos electrónicos que se envían en todo el mundo, la huella de carbono sería semejante a arrojar 890 millones de automóviles más en nuestras autopistas. Spotify, Twitter y Facebook se encuentran entre los mayores emisores de GEI del mundo. Si Internet fuera un país, sería el sexto más contaminante del mundo.

Cuando nos conectamos a la Red, en realidad nos estamos uniendo a unos servidores de datos que consumen el 21% de la energía que utiliza la economía digital: la nube no tiene nada de

inmaterial, sino que supone la existencia de cables, antenas, *routers* y centros de datos –también llamados granjas– repletos de computadoras. Existen unos cien millones de servidores repartidos en centros de datos; el 42% del total se encuentra en los Estados Unidos, mientras que en España se concentra el 3,5% del total. Las mayores granjas están en Tokio, Chicago, Dublín, Gales y Miami.

Asimismo, las diferentes plataformas, desde Facebook a Netflix pasando por Tinder, compiten por captar nuestra atención y retenernos el máximo tiempo posible frente a la pantalla, para almacenar nuestros datos y ofrecernos publicidad personalizada, lo que aumenta nuestro consumo de otro tipo de productos ajenos a la economía digital.

Por último, en el extremo final del ciclo de vida del producto están los desechos que generan estos aparatos, que, dada la rapidez con la que quedan obsoletos los *gadgets*, no deja de crecer: Su sobreconsumo genera alrededor de 50 millones de toneladas cada año –el equivalente a 4.500 réplicas en tamaño real de la Torre Eiffel– que en buena medida son exportados como “productos de segunda mano” a países del Sur Global, en especial de África y el Sudeste asiático. En esas regiones no existen las tecnologías para realizar el procesamiento adecuado y seguro de estos equipos, los cuales contienen una gran cantidad tóxicos que son liberados con la quema y el reciclaje rudimentario de nuestros desechos electrónicos. Esto ilustra la lógica neocolonial de nuestra economía global: se extraen materiales en los países empobrecidos del Sur global para elaborar aparatos que son consumidos en los países opulentos del Norte, devolviéndolos después al Sur en forma de residuos tóxicos.

Aunque individualmente cada nuevo equipo sea más eficiente, el impacto ambiental global de la economía digital no ha dejado de aumentar. Ejemplos de este “efecto rebote” están muy presentes en la vida cotidiana: El impacto conjunto de los automóviles no para de aumentar, aunque cada uno de ellos contamine menos individualmente; y el consumo de papel siguió creciendo a pesar de la revolución digital y la popularización de los ordenadores. De este modo, si medimos las cifras absolutas, las ganancias en eficiencia se ven superadas por el aumento del consumo de materias primas y de energía, así como por el incremento de la generación de residuos. Además, los aumentos en la eficiencia, a veces, no son más que una externalización de los impactos ambientales de las economías de los países desarrollados del Norte que los han trasladado a los países empobrecidos del Sur, donde se concentran las fases de extracción de materias primas y de gestión de los residuos generados.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, podemos concluir que, para reducir nuestra Huella Ecológica, para que nuestra producción y nuestro consumo de bienes y servicios sean responsables y sostenibles (ODS 12), debemos cambiar el marco en el que utilizamos la tecnología. Ese marco, hoy en día, es el de un sistema económico capitalista, en el que el lucro y la competencia son los principios rectores de su actividad, estimulando una producción y un consumo cada vez mayor, infinitos, lo que entra en contradicción con los límites finitos de la Naturaleza y de nuestros propios cuerpos. De lo que se trata es de que los países enriquecidos dejen de consumir 20 veces más que los pobres.

La ciudadanía vasca, tú y yo, todas y todos, tenemos un papel fundamental en la consecución de las metas del ODS 12, uno de los más transversales e importantes para Euskadi ya que persigue la transición de nuestro modelo económico, productivo y de consumo hacia la sostenibilidad. Para ello, es esencial que seamos conscientes de la necesidad de cambiar radicalmente nuestros hábitos de producción y consumo, orientándolos hacia productos y servicios que tengan el menor impacto socioambiental, más justos y eficientes (“menos es más”), al elaborarse mediante ciclos continuos y regenerativos (Economía y Alimentación Circulares, Ecodiseño y Biomímesis,

con extensión de la vida útil de los productos y servicios y penalización de su obsolescencia programada y percibida), reduciendo el consumo de materias primas y energía, así como la generación de residuos y emisiones.

Tenemos que avanzar y mejorar las medidas de vigilancia y control, así como incorporar, de verdad, la cultura de la gestión ecosocial justa y sostenible a las Administraciones Públicas y a las organizaciones empresariales, incluida la concienciación de l@s trabajador@s, directiv@s y polític@s.

Debemos fomentar, en todas nuestras áreas de influencia, prácticas y valores que empujen hacia cambios en nuestra cultura consumista y despilfarradora, actuando en consecuencia. No sólo tratando de alargar la vida de los productos u optando, cuando las hay, por alternativas más justas, sino también teniendo cuidado en nuestros gestos cotidianos: así como tratamos de apagar la luz cuando no es necesaria, podemos evitar mandar correos electrónicos que no aportan nada –se calcula que el 61% de los e-mails que se envían no son esenciales, y de ellos, el 68,8% es puro spam– y tratar de borrar los que ya no necesitamos. Eliminar 30 mails de nuestra bandeja de entrada supone el ahorro de 222 W, equivalente a una bombilla de bajo consumo que se deja encendida durante un día. También podemos informarnos del reguero de impactos que arrastra nuestro teléfono móvil; tal vez en ese caso no nos den ganas de sustituirlo tan rápidamente por otro.

Nuestra salud, la de la especie humana, está ligada a la de los ecosistemas que sostienen la vida en el planeta, o sea, a la de la red de relaciones entre personas, animales, plantas y microorganismos. Mantener su integridad beneficia a la humanidad, al resto de seres vivos y a la biodiversidad. La defensa de los ecosistemas no sólo exige la preservación de espacios naturales de especial interés. Hay que reducir la deforestación y la penetración humana indiscriminada en la Naturaleza, el consumo masivo de energía y las emisiones, así como el uso excesivo de abonos y plaguicidas. Los cultivos ecológicos, por su parte, tienen la cualidad añadida de no hacer uso de productos tóxicos ni de importarlos, lo que disminuye la Huella Ecológica. Con el cierre de ciclos de los productos agroalimentarios se consiguen, además, beneficios económicos y sobre la salud y el bienestar de las personas.

Tenemos que cambiar a una Economía Circular que reduzca los residuos, remodelar la vida urbana hacia vías sostenibles, con menor Huella Ecológica, y buscar soluciones de gestión económica basadas en la Naturaleza, desde perspectivas holísticas, multidisciplinares, con la mirada puesta en objetivos, a la vez, locales y globales (“glocales”), a corto y a largo plazo.

Las epidemias pueden desbaratar organizaciones sociales complejas, como las nuestras, las generadas por la especie humana a lo largo y ancho del planeta, de nuestra casa común. Son, por consiguiente, una amenaza muy real ahora y en el futuro, como lo han sido siempre. La pandemia actual es sólo un aviso. En nuestras manos, y en nuestros corazones, está el escucharlo y actuar en consecuencia. “Hoy es siempre todavía”, como dijo Antonio Machado.

El Papa Francisco también nos anima a apostar con nuestro consumo por otro estilo de vida. Dice: *“no pensemos sólo en la posibilidad de terribles fenómenos climáticos o en grandes desastres naturales, sino también en catástrofes derivadas de crisis sociales, porque la obsesión por un estilo de vida consumista, sobre todo cuando sólo unos pocos puedan sostenerlo, sólo podrá provocar violencia y destrucción recíproca”* (Papa Francisco, Carta encíclica Laudato si’, nº 204).